

Elogio de Sebastián Salazar Bondy

Hace unos quince años, la Compañía de Pedro López Lagar, en gira por América del Sur, pasó por Piura y ofreció una función en el Teatro Variedades. La obra representada era un melodrama psicoanalítico de Lenormand y yo la recuerdo brumosamente pero, en cambio, vuelvo a ver, muy claro, unas butacas más allá de la mía, el perfil largo, acorado como una hoja de cuchillo, que yo espiaba de cuando en cuando con curiosidad, admiración y envidia.

Unos meses antes, en Lima, ese mismo perfil se dibujaba a través de unos cristales del jirón Ocoña y yo lo observaba de soslayo, mientras trataba de vencer la timidez que me impedía cruzar el umbral de la Galería de Arte para pedir una dedicatoria al autor del ejemplar de "Rodil", que acababa de comprar en la librería del "Negro-Negro".

Desde que supe que Sebastián había muerto hasta el momento de escribir estas líneas, esas dos miserables imágenes anteriores a nuestra amistad (que fue, a fin de cuentas, breve pero intensa y total) me han perseguido como ideas fijas. Esos recuerdos iniciales y furtivos de Sebastián son como el trazo final que cierra un círculo, porque al cabo de tantos años, en estos meses últimos (luego de leer "*Lima la horrible*", exactamente), yo había llegado de nuevo, esta vez sobre bases más sólidas, a sentir por él la misma admiración envidiosa que le tuve de niño.

Sebastián fue para mí un modelo, un objeto de culto, cuando apenas conocía un puñado de artículos o de poemas suyos. Nunca me había puesto a pensar qué motivó esa devoción precoz por un autor cuyos escritos ignoraba. Después de su muerte, a fuerza de evocarlo, he comprendido que él representó para mí, hace quince años, la materialización de algo que entonces me parecía una especie extinguida, un lujo de otras épocas o de otros horizontes, un ser refractario al Perú: un escritor. Gracias a él muchos aprendimos que —contra los aplastantes desmentidos del medio, pese al desdén, la

indiferencia o la hostilidad del mayor número— la literatura podía ser en el Perú algo más que una secreta pasión, una quimera. Es decir, una vocación capaz de realizarse objetivamente y convertirse en un destino.

- Batallas y Porvenir.

En un país donde la lectura es un privilegio, un vicio de minorías, la literatura parece una actividad gratuita e irreal y quienes la eligen se condenan a la estrechez y a una forma sutil del ridículo. Sebastián tuvo la terquedad y el coraje excepcionales de aceptar el desafío del medio, y entabló esa batalla sibilina, incruenta pero feroz, contra la incompreensión y la ignorancia, y la ganó. Elegir la literatura significó para él elegir el riesgo, la inseguridad, los trabajos odiosos y mediocres, renunciar en una palabra a lo que suele llamarse “un porvenir”. Si a ello se añade que, a la vez que un escritor, Sebastián fue un hombre de izquierda, que no ocultó jamás sus convicciones socialistas y su amistad hacia la Revolución Cubana, se puede juzgar mejor su entereza y los enormes obstáculos que debió enfrentar.

Pero no basta elogiar su conducta y sus ideas. Hay que decir, sobre todo, que la obra vasta, múltiple, lamentablemente dispersa, que deja Sebastián, constituye un hermoso legado que es imprescindible reunir y divulgar. Pese a vivir de prisa, aherrojado por los quehaceres alimenticios y el periodismo destructor, Sebastián no descuidó nunca lo esencial, que era para él escribir, e incluso cultivó todos los géneros y todo lo que publicó o estrenó fue siempre valioso, muchas veces formidable, y en numerosos casos (“Amor, gran laberinto”, “Lima, la horrible”, sus últimos poemas, por ejemplo), excepcional. El fue, entre nosotros, uno de los pocos que consiguió eso que constituye la mayor ambición de un escritor: un estilo propio. Los textos de Sebastián se reconocen al oído, tienen una música que los singulariza y que proviene de una manera inconfundiblemente personal de elegir y de disponer las palabras. En estos días melancólicos, releendo ciertas páginas recientes de Sebastián, yo he vuelto a escuchar imágenes, frases, palabras, que leí hace un montón de años, en las bellísimas crónicas que Sebastián escribió en la revista “Turismo” sobre Lima, ciudad que odiaba con tanto amor.

- La Grave Máscara.

Fue, además, un poeta de una calidad poco frecuente, y yo estoy convencido que su poesía (tan distinta de su prosa

que derrochaba lujo y era a veces barroca y acrobática) perdurará e irá creciendo hasta alcanzar la audiencia y la gloria que merece. Es verdad que esta poesía exigente, de semblante sobrio, nada llamativa, se rehusó a sí misma todas las ventajas y eligió siempre el camino difícil. Es severa, discurre friamente, perfectamente, sin entregarse jamás a los fuegos de artificio ni a la ecolalia ni a las grandes aventuras oníricas y hay en ella una moderada pero constante intromisión de la razón. Con el oído encanallado por la trompetería de los bardos modernistas y los ojos envilecidos por el fasto y los colores del surrealismo, yo ignoré mucho tiempo la poesía de Sebastián y esto me entristece y avergüenza. Sólo después de conocer la obra de poetas como Ernesto Cardenal, Nicanor Parra y Mario Benedetti, descubrí que, como ellos, Sebastián encarnaba una soberbia reacción contra una generación de poetas que, excelentes en un tiempo, habían acabado por sacrificarlo todo al ruido y a la prestidigitación verbal. Sin tambores ni platillos, bajo su grave máscara, la poesía de Sebastián explora profundamente lo real y está impregnada de ese fuego secreto que es la vida y que un arte sólo adquiere por contagio directo, alimentándose, envenenándose con los tormentos, los problemas, los sueños de los hombres.

Habría que decir también qué extraordinario agitador cultural fue Sebastián y cómo gracias a él, que era incansable, entusiasta, un generoso incorregible, surgieron revistas literarias, libros, espectáculos, manifiestos, cómo ayudó y alentó a todos a escribir y publicar. Pero ya lo habían dicho otros, y yo quisiera añadir, apenas, que también en este sentido mi deuda con él es infinitamente grande.

En un bello poema a la amistad, Sebastián puso como epígrafe unos versos de Jorge Guillén: "*Amigos. Nada más. El resto es selva*". ¿Qué es, después de todo, la Patria para un ausente sino el recuerdo de ciertos paisajes y la nostalgia, a veces tierna, a veces terrible, de unas cuantas personas entrañables? Entre esos rostros queridos que significan para mí el Perú, se hallaba el de Sebastián, y pensar en Lima era pensar en él y recordar el hermoso y cálido espectáculo de su hogar y los puntuales chifas de los sábados. Ya está: todo eso se derrumbó como un castillo de naipes. Ha sido como si de pronto el mar se hubiera tragado a Miraflores, como si bruscamente las arenas del desierto enterraran a Piura. Sin este amigo irremplazable, siento al Perú disminuido, salvajemente mutilado. (De "Expreso", 19/IX/65).

Mario Vargas Llosa